Rafael Caldera

LA CASA DE BELLO

DISCURSO DEL PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA,
CON OCASION DEL HOMENAJE
A DON ANDRES BELLO EN
EL 192 ANIVERSARIO DE SU NATALICIO
Caracas, 29 de Noviembre de 1973

Rafael Caldera

LA CASA DE BELLO

Discurso del Presidente
de la República,
con ocasión del homenaje
a Don Andrés Bello en
el 192 Aniversario de su Natalicio.

Caracas, 29 de Noviembre de 1973

SACUDE hoy a los pueblos de América Latina una vigorosa corriente de nacionalismo. Por vez primera después de los días memorables de la emancipación, nuestros pueblos toman solidaria conciencia de sus fundamentales derechos, en un esfuerzo por armonizar sus actitudes, precisar sus objetivos y, a través de un proceso de integración económica y cultural, hacer valer sus legítimas aspiraciones para vencer el subdesarrollo.

UN PASADO DE GLORIA

Hace siglo y medio, nuestros próceres supieron expresar los ideales del hombre latinoamericano y realizar, tras cruenta lucha, el objetivo prioritario de la independencia política. Hemos rememorado su epopeya con especial disposición de ánimo. Hemos querido marcar con sello propio las conmemoraciones sesquicentenarias. La evocación de un pasado de gloria ha tomado la significación de un acicate para impulsar nuestras acciones y retomar el rumbo, tantas veces perdido por la aventura intrascendente, por la rivalidad mezquina y por la tradicional miopía de algunos de los conductores de nuestros diferentes países.

Por lo que a Venezuela respecta, hemos puesto especial empeño en proyectar, a través del recuerdo sesquicentenario, la presencia admonitoria de los grandes varones, para presentarla como un camino abierto ante el espíritu inconforme de la juventud.

Con solemnidad republicana celebramos el Sesquicentenario de la Batalla de Carabobo, que decidió la suerte de las armas emancipadoras en el territorio venezolano, y el de la Batalla Naval de Maracaibo, que decidió sobre las agitadas aguas la empresa de la Independencia. Hemos compartido con los pueblos hermanos de Colombia y Ecuador la rememoración de las jornadas de Boyacá y Pichincha; y nos aprestamos a compartir con el del Perú y las demás Repúblicas de nuestro Continente el Sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho, la cual no fue sólo el remate glorioso de acciones bélicas, sino quedó consagrada como símbolo permanente de integración de las naciones hispanoamericanas.

UNA GRAN EMPRESA ESPIRITUAL

Pero es imprescindible anotar que la empresa de la Independencia no fue sólo militar y política, mas también, esencialmente, una

gran empresa espiritual. Así lo comprendió Bolívar. Por ello, el título de Libertador que los pueblos le dieron en los días mismos de combate va más allá de su reconocimiento como forjador y conductor de ejércitos para la libertad, halla en su pensamiento la expresión de un alma colectiva que se encuentra a sí misma, decidida a ser señora de sus propios destinos.

Mientras se libraban en suelo americano las sangrientas batallas de la guerra de la Independencia, hombres a quienes la guerra misma había transferido a otros horizontes, para cumplir funciones necesarias a la defensa de nuestros intereses nacionales, seguían con ávida inquietud el panorama, mil veces cambiante, del proceso emancipador. Se disponían a dar rotundidad en el campo de las letras al programa de Independencia plena en que el verbo y las proezas de Bolívar y de los demás libertadores empeñaban un sagrado compromiso y definían las metas de la liberación.

LA INDEPENDENCIA LITERARIA

Ha sido señalado con justicia que al lado de la celebración del sesquicentenario de los gloriosos hechos de armas de nuestra independencia es indispensable conmemorar —para

que no quede trunca en la visión de las nuevas generaciones la contemplación y estudio de aquel momento singular— el Sesquicentenario de la Declaración de Independencia Literaria, que coetáneamente con la Independencia política se formuló con estupendo acierto. Y es que en el año de 1823, en la ciudad de Londres, ante dificultades sin cuento, en una revista que él y el neogranadino Juan García del Río editaron, con la colaboración de Luis López Méndez, Agustín Gutiérrez Moreno y otros valiosos pensadores y escritores, el caraqueño Andrés Bello publicó la *Alocución a la Poesía*, en la que venía trabajando desde 1818, que comenzaba en la forma siguiente:

Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía;
tiempo es que dejes ya la culta Europa
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena.

Y continuaba:

No te detenga, oh diosa,
esta región de luz y de miseria,

en donde tu ambiciosa
rival Filosofía,
que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto:
donde la coronada hidra amenaza
traer de nuevo al pensamiento esclavo
la antigua noche de barbarie y crimen:
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida.
Descuelga de la encina carcomida
tu dulce lira de oro, con que un tiempo
los prados y las flores, el susurro
de la floresta opaca, el apacible
murmurar del arroyo trasparente,
las gracias atractivas
de Natura inocente,
a los hombres cantaste embelesados;
y sobre el vasto Atlántico tendiendo
las vagarosas alas a otro cielo,
a otro mundo, a otras gentes te encamina,
do viste aún su primitivo traje
la tierra, al hombre sometida apenas;
y las riquezas de los climas todos
América, del Sol joven esposa,
del antiguo Oceano hija postrera,
en su seno feraz cría y esmera.

Ese es el hecho crucial cuyos ciento cincuenta años estamos celebrando ahora. La

"Biblioteca Americana" representó un valor imponderable en la cultura latinoamericana. Tuvimos la satisfacción de reeditarla en homenaje al VI Congreso de Academias de la Lengua reunido en Caracas hace un año. Y aquel mensaje categórico de Bello, respaldado por toda una vida de ímprobo trabajo para dejar establecido el acervo cultural de nuestros pueblos, debe adquirir toda la resonancia histórica que su profundo contenido entraña.

EL HOGAR DEL BELLISMO

Fue, por cierto, en este mismo sitio, en esta misma manzana donde nació Don Andrés Bello el 29 de noviembre de 1781. La tradición, avalada con la conformidad de notables historiadores y bellistas, ha venido colocando en esta misma esquina el sitio de su nacimiento. En un importante trabajo de investigación histórica Alfredo Boulton ha establecido que la casa de Juan Pedro López, abuelo materno de Bello y figura importante de nuestra pintura colonial, estaba construida en el ángulo noreste de esta misma manzana, lo que ofrece vehementes indicios para pensar que en esa casa nació Bello. De todos modos, es una verdad irrecusable la de que fue en esta misma cuadra donde vio la luz el patriarca de las

letras americanas. Y hemos querido que sea en este inmueble, que con ternura desbordante recordaba Bello en carta a su hermano Carlos ("la casa en que nacimos y jugamos, con su patio y corral, con sus granados y naranjos"), donde quede consagrado para el porvenir el hogar de la cultura y del bellismo. Con el nombre de "La Casa de Bello", adosada al soberbio edificio que estamos levantando para el Ministerio de Educación como el mejor homenaje a su memoria, quedará aquí un centro permanente para seguir trabajando en la dirección que él señaló.

EL SEÑORIO LATINOAMERICANO

En esta tarde inolvidable en que, puedo decirlo, estoy viendo realizarse un sueño, confío en que mis compatriotas hagan suyo el propósito que anima la puesta en marcha de esta institución, y sea acogido con benevolencia por las naciones hermanas de América Latina, que han enviado calificados representantes. Porque si al honrar a nuestros próceres buscamos fortalecer la raíz del nacionalismo latinoamericano para que sea corpulento y genuino, al honrar a los próceres del pensamiento y la cultura hemos querido mantener

presente, ante la mirada expectante de las poblaciones que se suceden y se agitan en este vasto continente, el alto linaje espiritual del señorío latinoamericano y la imagen de la gran obra de la emancipación como efectivamente fue: como una tarea integral y compleja, donde las ideas y los hechos marchaban al unísono para forjar nuestra personalidad colectiva.

Por eso nos hemos empeñado en extender la presencia viva de Bello, al mismo tiempo que no escatimamos esfuerzo ni desperdiciamos motivo para impulsar el culto del Libertador y el honramiento de los próceres. Queremos que esta Casa de Bello sea un reto para encontrarnos con la faena diaria hacia las metas de bondad, sabiduría y servicio que fueron características de nuestro compatriota. Aspiramos a que este hogar, anhelo acariciado muchos años por quienes vemos en aquel humanista el ejemplo rector de la civilización latinoamericana, se constituya en centro de preocupaciones, estudios y trabajos, no sólo sobre la vida y obra del sabio que el Continente considera hoy como piedra sillar de su cultura, sino de todos aquellos que en la misma onda de Bello —y podríamos decir, con el mismo espíritu bellista— se lanzaron con decisión ejemplar, en el tiempo de aquél o en años posteriores, a ganar en mil frentes, con-

tra mil enemigos, la gran batalla de nuestra cultura.

ORGULLO POR EL RECUERDO DE BELLO

Hemos puesto decidido empeño para que cada año, en Venezuela, así como en otros variados ambientes y en las sedes de nuestras representaciones diplomáticas, el día del nacimiento de Bello sirva de motivo para reflexionar sobre los grandes temas de la cultura latinoamericana y sobre el destino de nuestros pueblos. No podemos ocultar la satisfacción con que hemos visto aparecer en diversos lugares estatuas y bustos de Bello, obras y estudios acerca de Bello, o reparamos en que su nombre va distinguiendo institutos, universidades y liceos, centros de investigación y de enseñanza, avenidas, calles y plazas y hasta poblaciones, municipios o distritos, que llevan con orgullo ese nombre como símbolo del mensaje de superación y de adelanto que él representa y encarna y la emoción con que hemos suscrito el Convenio Cultural Andrés Bello, compromiso de los países del Area Andina para realizar mancomunadamente vitales objetivos en el campo de la educación y de la técnica, de la investigación, la ciencia y la cultura.

HOMENAJE ESPIRITUAL Y MATERIAL

En el presente año, para que el Sesquicentenario de la Declaración de Independencia Literaria estuviera dominado por el signo de cultura integral que envuelve el mensaje bellista, no nos hemos querido limitar a este solemne acto, donde reciben la Orden de Andrés Bello una pléyade de venezolanos ilustres en todos los órdenes de la cultura, la ciencia y el arte, y donde nos acompañan destacados representantes de patrias hermanas; ni nos hemos conformado con simbolizar el tremendo esfuerzo que estamos haciendo en la educación, en el formidable edificio que al lado de la tradicional Iglesia de Las Mercedes levantamos, como recuerdo siempre renovado del coloso que en este mismo sitio recibió la vida y las primeras y más firmes bases de su increíble tesoro de conocimientos. Hemos decretado, simultáneamente, la sede para la nueva Universidad Simón Rodríguez, un nuevo emplazamiento para el antiguo Liceo Andrés Bello, donde los alumnos tengan espacio amplio para moverse, campos deportivos holgados y todos los requerimientos de una pedagogía avanzada, y la creación de otro instituto de educación media que llevará el nombre

de Juan García del Río, a fin de perpetuar la cooperación que entre Bello y él existió y que constituye uno de los mejores ejemplos de la efectiva solidaridad entre venezolanos y colombianos en las nobles tareas del espíritu. Hemos puesto en servicio estupendas edificaciones para el Centro de Petróleo y Química y Centro de Ingeniería en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Inauguraremos el nuevo edificio del Museo de Bellas Artes de Caracas y hemos decretado la asignación de una partida para obras de arte en todas las edificaciones y en las construcciones más importantes que el sector público realice. Hemos dispuesto la celebración del concurso para el cenotafio de Bello en el Panteón Nacional, a fin de honrar perennemente su memoria en el recinto más sagrado que la Patria tiene para sus grandes servidores, en cumplimiento de la voluntad ya expresada por el Senado y por la misma Presidencia de la República. Hemos decretado la Casa del Escritor, cuya primera piedra fue colocada hoy, ya que, precisamente, la Asociación de Escritores de Venezuela celebra todos los años como Día del Escritor la fecha natalicia de Bello. Hemos creado una Fundación para un Centro de Investigaciones de Astronomía, el cual contará con el estímulo del Observatorio Astrofísico que se construye en el Estado Mérida, en lo

alto de las Sierras andinas. Y hemos ordenado la edición de una colección de libros que seguirán a las Obras de Bello y que con el rubro de "Anexos a las Obras Completas" irán incluyendo su biografía, repertorios bibliográficos y monografías que versen sobre el estudio de la vida de Bello y de su pensamiento y que a través de la interpretación bellista enriquezcan la cultura latinoamericana. Todo esto lo hemos querido unir, armónicamente, como el tributo más adecuado a quien dijo que "todas las verdades se tocan" y a quien supo cultivar con devoción la ciencia, la literatura y el arte.

SEMBRAR UNA NUEVA SEMILLA

En este momento nos hallamos, prácticamente, sobre la escena de los primeros años de quien fue el más grande pensador de nuestro Continente y uno de los más grandes maestros de la humanidad. Volvemos de nuevo nuestros ojos a la emotiva carta en que añoraba todas las memorias de la patria ("los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida"). Medimos todo lo que entrañaba aquella frase: "daría la mitad de lo que me resta de vida por abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas".

Tenemos la convicción de que sembramos una nueva semilla en el mismo patio y corral cuyos granados y naranjos añoraba. "La Casa de Bello", aunque no puede ser materialmente la misma que existía para 1812 ni habría elementos para restaurarla como fue en los albores de nuestra Independencia, ha sido renovada con el deseo de establecer en ella un verdadero hogar espiritual, capaz de interpretar en el ambiente de la nueva ciudad el espíritu inmortal de la nacionalidad.

Nuestra esperanza está en que lo que ahora entregamos al acervo cultural de Venezuela y de Latinoamérica sea nuevo estímulo para la educación de los jóvenes y acicate para seguir por la senda que marcaron Andrés Bello y todos los grandes señores de la cultura que como él fijaron orientación precisa con paso seguro y ejemplo permanente. Ojalá que dentro de ocho años, cuando conmemoremos el bicentenario de su nacimiento, podamos ofrecer logrados frutos y con ellos merezcamos, para decirlo con palabras caras al mismo Bello, "las bendiciones de la posteridad".

LA EMANCIPACION ESPIRITUAL

Y como en la Declaración de Independencia Literaria que la "Alocución a la Poesía"

constituyó hace siglo y medio, con versos que en la historia de las letras han cobrado el valor de un manifiesto de emancipación espiritual, recordemos que no era sólo el paisaje nativo, el esplendor telúrico lo que la Alocución definía como objeto de una poesía propia, sino la necesaria preparación espiritual para la libertad. Bello supo invocar el requerimiento a la libertad para la formación de la sensibilidad poética, y en la interpretación del alma del hombre americano quiso exaltar la robustez espiritual y la fortaleza moral como los dos pilares sobre los cuales deben edificarse nuestras naciones. Hagamos, pues, no sólo votos sino propósitos para que con la invocación a la libertad y a la independencia cultural y política, hoy traducida en impostergable independencia económica, reafirmemos el llamado con que el adalid de la cultura se dirigía a Caracas, y a través de Caracas a toda la gran patria común:

"Renacerás, renacerás, ahora:
florecerán la paz y la abundancia
en tus talados campos: las divinas
musas te harán favorecida estancia,
y cubrirán de rosas tus ruinas".

No olvidemos que si la integración es el camino para asegurar la independencia económica y para obtener el desarrollo, ella no es

meramente una empresa económica. La unidad cultural es el manantial inagotable de la integración continental y la superación a que nos compromete la presencia viva de nuestros grandes hombres es la que ha de servir para que el hombre latinoamericano levante un mundo nuevo de progreso y bienestar. Un mundo en que la libertad sea la ennoblecedora recompensa y al mismo tiempo el dinamo que impulsa la plena realización de la justicia y de la paz.

OFICINA CENTRAL DE INFORMACION / OCI

OFICINA CENTRAL DE INFORMACION / OCI